

## LA MALDICION DE EVA. MUJER, IGLESIA Y PRACTICA RELIGIOSA EN LOS AÑOS SESENTA. LA DIOCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

Mónica Moreno Seco

### Hipótesis principales

En las décadas de los cincuenta y los sesenta comenzó en nuestro país, con cierto retraso respecto a otros, el auge de la sociología religiosa, con estudios encaminados a adecuar la pastoral a la realidad social, ante los síntomas de lo que entonces se consideraba el principio de la descristianización de España(1). En esos estudios se hablaba de la religiosidad formal del pueblo español, del alejamiento de la clase obrera, de la crisis religiosa de la juventud... Pero muy poco se dijo sobre el comportamiento religioso de la mujer, que generalmente recibió una crítica muy negativa.

La presente comunicación trata de arrojar luz sobre la religiosidad femenina, a partir de unos estudios de práctica religiosa realizados en la diócesis de Orihuela-Alicante. También expondremos la opinión de reputados sociólogos de la religión sobre el tema, para tratar de entender cuál era la actitud de la Iglesia y de algunos de sus miembros ante el comportamiento religioso de la mujer y cómo pudo repercutir ello en la práctica religiosa de las mujeres.

La diócesis de Orihuela-Alicante, con una población en rápido crecimiento debido a la inmigración y a un alto crecimiento vegetativo, tenía sin embargo un bajo índice de vocaciones y un número de sacerdotes insuficiente para atender a sus fieles. El problema pastoral era, en esta coyuntura, de especial relevancia. Prueba de ello es que en diversos escritos, el obispo Pablo Barrachina repetía que la Iglesia no podía estar al margen de la sociedad y que era necesaria una pastoral a tono con las circunstancias, por medio de instrumentos como la sociología religiosa(2). Además, en enero de 1959 este obispo creó la Oficina Diocesana de Información y Estadística, que puso bajo la dirección del sacerdote Eduardo García Candela, que había realizado estudios de sociología en la Universidad de Santo Tomás de Roma. Esto podía inducir a creer que la diócesis de

Orihuela-Alicante se insertaba en la dinámica avanzada de otros lugares de España, pero el peso de la tradición resultó determinante, como veremos.

Tras elaborar una sencilla guía estadística de la diócesis en 1960, la Oficina Diocesana de Estadística emprendió una tarea mucho más ambiciosa. A requerimientos de la Oficina General y coordinada por Eduardo García Candela, se realizó una encuesta de práctica religiosa entre 1962 y 1966. Los resultados de dicho estudio fueron presentados al Sínodo Diocesano celebrado en Alicante en 1967 y publicados parcialmente en la *Guía de la Iglesia en España* de 1967.

La vitalidad religiosa de una comunidad se analizaba entonces a través de determinados factores externos de la religión -la práctica-, que de alguna manera reflejan las vivencias religiosas interiores. Tales variables eran el cumplimiento del precepto dominical, la comunión pascual, la frecuencia de la comunión, la recepción de los últimos sacramentos, la edad de bautizo, el número de parejas que no formalizaban sus relaciones en el altar, etc. No contamos con datos de todos esos factores para la diócesis de Orihuela-Alicante, pero sí de los principales.

El cumplimiento del precepto dominical era, según los expertos, el índice que mejor revelaba la religiosidad, ya que requiere una gran constancia -sin olvidar la presión social que incide en dicha práctica así como el carácter que para muchos tiene de costumbre-. La encuesta de 1966 se centró en la asistencia a misa dominical en la diócesis de Orihuela-Alicante, dando como resultado que sólo un 30,3% de la población obligada de la diócesis -exceptuando niños menores, enfermos, etc- acudía a misa en domingo. Este índice era uno de los más bajos de España, pues la práctica dominical entonces variaba desde el 21% de Jaén al 87% de Vitoria, registrándose una profunda diferencia entre el sur y el norte del país(3).

Pero lo que aquí nos interesa destacar son las diferencias que encontramos entre los sexos: el la diócesis de Orihuela-Alicante cumplían el precepto dominical 49.747 hombres -un 22% del total de la población masculina- y 92.551 mujeres -un 38,5% del total de mujeres obligadas-. Es decir, por cada dos mujeres que asistían a misa sólo lo hacía un hombre -un 65% de mujeres por un 35% de hombres-. La encuesta venía a confirmar la extendida percepción informal y tradicional de que la religión era asunto de mujeres. A continuación vamos a analizar el comportamiento religioso de la población masculina y femenina según distintos parámetros, para comprobar hasta qué punto el sexo era un condicionamiento determinante en la práctica religiosa.

En primer lugar, cabe preguntarse si el dimorfismo entre los sexos se constata en la misma proporción en todas las poblaciones de la diócesis. Los máximos índices de cumplimiento global del precepto dominical se daban en pequeños pueblos agrícolas -donde sobrepasaba ligeramente el 50%-, debido al peso de la tradición y al carácter conservador del campo. Precisamente en estas poblaciones donde había una mayor práctica global, la proporción de mujeres respecto a los hombres era inferior al 65%, llegando al 60% en ocasiones.

La situación en las ciudades industriales era muy distinta, alcanzando en ocasiones no más del 17% de práctica dominical global. La sustitución de los valores tradicionales por otros nuevos y un menor control social influían en ello, junto a la larga tradición del movimiento obrero en lugares como Elche y Elda, así como la emigración desde las regiones más deprimidas -y menos practicantes- del país. En los núcleos industriales la asistencia de mujeres en relación a los hombres variaba entre el 65% y el 70%, es decir, era mayor proporcionalmente a la media. La explicación de la diferencia de comportamiento religioso entre los sexos en núcleos de población más o menos practicantes -que también era corriente entre regiones poco o muy religiosas-, se decía, consistía en que los hombres eran los primeros que abandonaban a la Iglesia; pero nada se decía de las mujeres, que seguían siendo más fieles a la práctica religiosa incluso en lugares poco propicios para ello. De todas maneras, lo más destacable era que a pesar de las variaciones, las mujeres seguían doblando a los hombres en la práctica del precepto dominical también en las ciudades, lo cual demuestra que los condicionamientos por razón de sexo eran mayores que los del medio social, aunque éste influyera.

Otro parámetro que contemplaba la encuesta de 1966 era la edad de los practicantes:

#### ASISTENCIA A MISA DOMINICAL, POR EDAD

EDADES	HOMBRES	MUJERES
7-14	35%	47,8%
15-24	19,6%	44,3%
25-29	17,4%	29,7%
30-39	17%	30%
40-64	17,4%	31,6%
65 y más	20,6%	35,8%

Fuente: Encuesta de práctica religiosa, 1966, Diócesis de Orihuela-Alicante

Los datos que reproduce el cuadro coinciden con los del resto del país y dan cuenta de dos fenómenos: el abandono de la práctica entre la juventud masculina y la pervivencia de una práctica baja entre los adultos. Entre las causas que entonces se alegaban para explicar la "crisis religiosa" de la juventud, se encontraba el alejamiento del colegio y la familia así como el acceso al ambiente descristianizado del mundo laboral, el despertar del amor, de "las imaginaciones malsanas" y de "valores ajenos a la virtud", el deseo de integración en el mundo adulto, etc(4). Poco se decía sobre la realidad de las jóvenes, cuya práctica descendía bruscamente

a partir de los 24 años -"las imaginaciones malsanas", etc, se reservaban normalmente a la juventud masculina-. El descenso en la práctica se observaba con mayor prontitud entre los niños, mientras que las niñas lo hacían más adelante, lo que viene a confirmar y explicar en parte los condicionamientos sociales que conducían al dimorfismo sexual -se consideraba más importante la piedad de las niñas y mujeres que la de niños y hombres-. Por otra parte, ante el predominio de población infantil y juvenil, no existía una pastoral de adultos, lo cual contribuyó a la infantilización de la religiosidad de los pocos adultos fieles a la Iglesia, esto es, de las mujeres.

Otro parámetro que barajaba la encuesta de 1966 era el estado civil, que en términos generales coincidía con la práctica según la edad: las mujeres solteras eran las que más asistían a misa con un 44,2%, siguiéndoles las viudas (34,2%), educadas en una sociedad más tradicional, y por último, las menos practicantes eran las mujeres casadas con un 29,7%, las cuales eran las que estaban protagonizando el cambio a una sociedad secularizada. Los hombres, fuera cual fuera su estado civil, seguían cumpliendo con la Iglesia menos incluso que las mujeres casadas.

Al analizar la práctica dominical por profesiones, también aparecían diferencias notables entre los sexos, además del contraste entre mujeres de diferentes clases sociales.

#### ASISTENCIA A MISA DOMINICAL, POR PROFESIONES

PROFESIONES	HOMBRES ASIST	% PROF/ H.ASIST	MUJERESA SIST.	% PROF/ M.ASIST
Estudiantes	15.380	31	17.973	19,4
Profesores	837	1,7	1.415	1,5
Profes. Libs.	1.934	3,9	654	0,7
Empleados	6.959	14	2.945	3,2
Agricultores	9.306	18,7	6.797	7,4
Obreros	6.695	13,5	11.423	12,4
Empresarios	3.198	6,4	1.140	1,2
Autónomos	1.862	3,7	1.419	1,5
Pescadores	260	0,5	638	0,7
Sus labores			42.923	46,6
No consta	3.232	6,5	4.841	5,3

Fuente: Encuesta de práctica religiosa, 1966, Diócesis de Orihuela-Alicante

Por un lado, destaca la alta práctica de los estudiantes, sobre todo de las niñas y jóvenes. En cuanto a las mujeres adultas -al margen de la gran mayoría de amas de casa-, es curioso que las agricultoras resultaran ser menos piadosas que las obreras, lo cual sólo puede explicarse porque muchas mujeres no estaban censadas como agricultoras, sino como amas de casa. La encuesta aportaba más información al respecto, con un pequeño estudio sobre el cumplimiento dominical entre los obreros y obreras de las ciudades más industriales de la diócesis: el cumplimiento dominical rondaba el 4-5% entre los obreros y el 20-25% de las obreras en Elche, Elda, Petrel y Villajoyosa; en Villena era algo más alto -54% de ellas frente a un 11,2% de ellos-. Aunque la pertenencia a una clase social determinaba el comportamiento religioso de la mujer, de nuevo se confirmaba que para las mujeres el condicionamiento de género era superior a cualquier otro.

Junto a la asistencia a misa dominical, la encuesta de 1966 hizo referencia a otras formas de práctica religiosa. Una de ellas era la frecuencia de comuniones entre los asistentes a misa:

#### FRECUENCIA DE COMUNIONES

FRECUENCIA	HOMBRES	MUJERES
Diaria	2.868	9.909
Semanal	5.565	14.943
Mensual	10.321	26.940
Pascual	21.452	26.515

Fuente: Encuesta de práctica religiosa, 1966, Diócesis de Orihuela-Alicante

La cantidad ínfima de habitantes de la diócesis que comulgaban mostraba una realidad muy grave para la Iglesia -la población obligada era de 469.680 hombres y mujeres-, pues revelaba una precaria formación sobre el significado de la recepción de la comunión y de la misa. Exceptuando la comunión pascual, de nuevo la diferencia entre hombres y mujeres era muy profunda; aunque tenía relación con la asistencia a misa, hay que destacar que era proporcionalmente mayor la frecuencia de la comunión -una media del 74,24% de mujeres comulgaban respecto a los hombres y eran un 65% las que asistían a misa-. Es decir, que las mujeres no sólo comulgaban más que los hombres en términos absolutos, sino que también lo hacían en términos relativos respecto a la asistencia a misa. Quizá éste sea un factor que pueda poner en duda la idea repetida por los sociólogos de que el comportamiento religioso de la mujer era más superficial que el del hombre. Probablemente, comulgaba más por obediencia al sacerdote, porque la comunión se había convertido en una costumbre casi exclusiva de la mujer, pero quizá también porque conocía mejor la doctrina católica que el hombre.

Sobre el cumplimiento pascual llama la atención que las diferencias entre los sexos eran mucho menores: declaraban comulgar por pascua un 55,28% de mujeres respecto a un 44,72% de hombres. Otra fuente de información confirma dicha realidad. Según Duocastella, en 1964 el cumplimiento pascual en la ciudad de Alicante era de un 51,8% de los hombres y un 65,6% de las mujeres, respecto a la población obligada, que reproduce las mismas proporciones entre los dos sexos(5). La posible explicación de este fenómeno era que el cumplimiento pascual se había convertido en una

obligación secular y en una costumbre más de la pascua -recordemos que durante mucho tiempo los párrocos llevaban libros de cumplimiento pascual que suponían un importante factor de control social-. Precisamente el cumplimiento pascual, que poco tenía de religión interior, era la que más practicaban los hombres, lo cual debe llamar a la reflexión sobre la religiosidad masculina.

El último rito sobre el que la encuesta de 1966 ofrecía información era el de las oraciones en familia entre los asistentes a misa. Sólo un 11,3% de hombres y mujeres sobre la población obligada rezaba con su familia. Un índice como éste, que revelaba una vivencia más personal de la religión -aunque para ello hubiera sido preferible la oración privada-, era muy inferior al del precepto dominical. El dimorfismo sexual aparecía una vez más: el 14,85% de las mujeres rezaban en familia -que no siempre estaba completa-, frente a un 7,75% de los hombres; las mujeres, pues, rezaban en una proporción de un 65,7% respecto a un 34,3% de hombres, proporciones que coinciden con otras comentadas más arriba.

Los sociólogos de la religión barajaban distintos factores para explicar el fenómeno del dimorfismo sexual, frecuente en toda España. Algunos, como Díaz Mozaz, insistían en la pretendida mayor emotividad y sensibilidad de la mujer, así como en su debilidad, que le hacía buscar seguridad en Dios y los santos. Otros, como Vázquez, añadían que por su escasa actividad pública estaba alejada de ambientes descristianizados y poco morales(6) -cuando probablemente las "malas influencias" de los lugares de trabajo se reducían a un contraste de pareceres que rompía con el monolitismo del mensaje eclesial dirigido a la mujer-. En este

sentido, Eduardo García Candela era realista al apuntar que la creciente incorporación de la mujer al trabajo redundaría en el descenso de su práctica al integrarse en la vida social.

Más importantes nos parecen las reflexiones en torno a las deficiencias de la pastoral, que desde antiguo centraba su atención en un reducido grupo fiel -las mujeres, los niños y jóvenes, las clases privilegiadas-, olvidando a los ausentes de los templos. El director de la Oficina Diocesana de Estadística advertía repetidamente sobre dicho fenómeno, pues en su opinión se corría el riesgo de que los sacerdotes feminizaran su visión del cristianismo -lo cual consideraba algo negativo-. No cabe duda de que la propia pastoral era en gran parte responsable de las diferencias entre los sexos, pues estaba totalmente alejada de la realidad del hombre silenciando los problemas laborales, por ejemplo, y propiciaba el infantilismo y la sensiblería -quizá no fuera que la mujer, pretendidamente más infantil, acudía más a la religión, sino que la religión convertía a la mujer en un ser infantil-. Sin embargo, el mensaje de la Iglesia no atendía a los problemas reales de las mujeres, como su deficiente educación, su dependencia económica, etc. Además, difundía un conjunto de valores que coadyuvaba a la discriminación de la mujer y a su subordinación -no eran valores únicamente de la tradición católica, pero sí fueron legitimados por la Iglesia-. Tales creencias se plasmaban en una estricta moral centrada en el sexo, que divinizaba la castidad y la pureza. Por ello, la sociedad consideraba bien que la mujer fuera una buena católica, entendida como sinónimo de virtud de sus costumbres y también de su comportamiento sexual.

Por otra parte, para los estudiosos de la religiosidad, la feminización de la práctica religiosa era indicio de un proceso de descristianización, debido -decían- a la poca influencia social de la mujer y a su escaso grado de compromiso en las prácticas de apostolado(7). Debemos cuestionar esta última idea, pues no sólo refleja una visión negativa de la religiosidad de la mujer, sino que en muchas ocasiones no responde a la verdad. La Iglesia nunca propició una participación activa de la mujer en su seno, relegándola a asociaciones de carácter puramente espiritual y a actividades caritativas, que reproducían los valores del sistema social y el papel subordinado de las mujeres. Sin embargo, en la diócesis de Orihuela-Alicante los movimientos apostólicos más comprometidos en los años sesenta

eran exclusivamente femeninos o contaban con una importante participación de mujeres, a pesar de la jerarquía.

En 1958 la asociación religiosa de mujeres más importante del país, la rama de Mujeres de Acción Católica, influida por el método de formación de la HOAC, comenzó a prestar atención a los problemas sociales. La rama de Orihuela-Alicante se sumó con prontitud y entusiasmo al cambio, gracias al nombramiento de un nuevo consiliario diocesano y sobre todo al trabajo de un equipo de mujeres muy comprometidas con el apostolado. Así, muchas mujeres de clase media y formación muy tradicional empezarán a cuestionarse la labor que habían estado realizando anteriormente en la Iglesia, lo cual desembocó en un grave conflicto con la jerarquía. Las mujeres mostraron un mayor dinamismo que los Hombres de AC que, a pesar del esfuerzo de algunos de sus dirigentes, se mantuvieron al margen de la renovación.

Por otro lado, las organizaciones obreras de la Iglesia diocesana, la HOAC y la JOC, contaban entre sus filas con numerosas mujeres, que en ocasiones ocupaban cargos de dirección. Aunque formalmente existían dos asociaciones diferentes, una masculina y otra femenina -HOACF y JOCF-, en la práctica funcionaban hombres y mujeres unidos. También se dieron crudos enfrentamientos entre la jerarquía diocesana y la AC especializada.

En resumidas cuentas, aunque las mujeres eran las que más cumplían con la Iglesia, ésta no les correspondía. Existía una feminización de la práctica religiosa -que además era interpretada de forma negativa-, pero no había tenido lugar una feminización de la Iglesia, ya que el papel de las religiosas en la misma siempre fue muy secundario. Ni los estudios de sociología religiosa ni la pastoral que pretendía atender a la realidad mostraron interés por la mujer, como se pudo observar en la posterior labor de la Iglesia diocesana.

La secularización del país comenzó no sólo por los profundos cambios socio-económicos, sino también y en gran medida por la inadaptación de la Iglesia a esa nueva realidad. Su visión secularmente negativa de la sociedad, foco de pecado y de inmoralidad a la que imponer unas normas de conducta, desembocó en la progresiva separación de los dos mundos, el civil y el eclesiástico. La Iglesia estaba recogiendo en los sesenta el fruto de muchos años de existencia al margen de la realidad.

En último lugar, no puede olvidarse que la gran mayoría de las mujeres estaban también protagonizando el proceso de secularización acelerado que experimentaba el país. Habían dejado de ser el bastión de la religión católica en el hogar -en la vida pública nunca se les dejó serlo-.

#### Fuentes

El acceso a la documentación diocesana sobre práctica religiosa y otros estudios de sociología de la religión resulta muy difícil, pues la Oficina Diocesana de Información y Estadística actualmente no existe. Además, la citada encuesta de 1966 no fue publicada, de ella sólo hemos podido consultar los Fascículos III y IV multicopiados -los más sugerentes con toda probabilidad- en la Biblioteca del Colegio Inmaculada de Jesuítas de Alicante. El *Boletín Oficial del Obispado de Orihuela* ofrece información sobre la creación de la Oficina Diocesana de Estadística y publicó los escritos pastorales del obispo, recogidos también en varios volúmenes editados en Alicante(8).

Para completar el análisis, se han utilizado las *Guías de la Iglesia en España* (1954-1973) y diferentes estudios sociológicos sobre otros lugares de España, aunque en ocasiones la comparación resulta imposible al utilizarse distintos parámetros en las encuestas. También se han consultado obras de carácter teórico que reflejan las tesis de los máximos exponentes de la sociología de la religión, como Duocastella, Jesús M<sup>a</sup> Vázquez o José M<sup>a</sup> Díaz Mozaz.

Por último, ha resultado de gran utilidad el recurso a las fuentes orales, con testimonios tanto de mujeres como de hombres, de seglares y de sacerdotes. Las entrevistas han arrojado luz sobre las percepciones de gente que vivió aquella época, tanto por lo que se refiere a la religiosidad femenina como a su participación en las Mujeres de AC, la HOAC y la JOC. La prensa de la época no aludía a estos temas.

#### Metodología

Aunque se han utilizado métodos y análisis de la sociología, hemos tratado de explicar el fenómeno del dimorfismo sexual y la religiosidad femenina desde una perspectiva histórica. Por otra parte, si bien el uso de parámetros de práctica religiosa no reflejan exactamente la religiosidad de un grupo, nos pueden aproximar a su conocimiento, por la

importancia que la doctrina católica concede a la observación de los preceptos y al cumplimiento de los sacramentos.

Nos hemos servido del método crítico, esto es, del planteamiento de hipótesis, el contraste con los hechos y las reflexiones de otros autores, así como la revisión continua de las hipótesis. Por otro lado, hemos cotejado distintas fuentes, que se han completado entre sí -la encuesta de 1966, estadísticas de diversas regiones, pastorales del obispo, etc-.

#### Conclusiones

El análisis de la encuesta realizada en la diócesis de Orihuela-Alicante hacia 1966 permite llegar a varias conclusiones. En primer lugar, no podemos olvidar que la gran mayoría de las mujeres había abandonado a la Iglesia. No obstante, cumplían con ella más que el hombre, sea cual fuere su lugar de residencia, edad, estado civil o profesión. Además, destacaba la presencia femenina en algunas prácticas religiosas, como la comunión, que muestra un conocimiento más que superficial de la doctrina católica. Sin embargo no mejoró la actitud de la Iglesia hacia la mujer: el pecado de Eva condenó a las mujeres a continuar siendo mudas asistentes a las ceremonias religiosas y pasivos miembros de la comunidad parroquial.

#### Notas

1.- Vid. Paulina Almerich: "La situación actual de la sociología religiosa en España" en R. Duocastella y otros: *Análisis sociológico del catolicismo español*, ISPA-Nova Terra, Barcelona, 1967, pp. 149-156 y José M<sup>a</sup> Vázquez: *Realidades socio-religiosas de España*, Editora Nacional, Madrid, 1967, pp. 19-41.

2.- *Boletín Oficial del Obispado de Orihuela-Alicante*, n<sup>o</sup> 1, enero de 1959; n<sup>o</sup> 12, diciembre de 1967.

3.- Las estadísticas de asistencia a misa así como de otras prácticas religiosas aparecen en las *Guías de la Iglesia en España*, así como en obras de J.M. Vázquez, *op.cit.*, R. Duocastella, especialmente *op.cit.* y Almerich, Aranguren, Duocastella, Lorente, Ruiz-Rico: *Cambio social y religión en España*, ISPA, Barcelona, 1975, además de otros muchos estudios locales.

4.- J.M. Vázquez, *op.cit.*, p.118, y R. Duocastella, J. Lorca y S. Misser, *Sociología y pastoral de una diócesis: Vitoria*, ISPA, Vitoria, 1965, p.83.

5.- R. Duocastella, *Análisis sociológico...*, *op.cit.*, p.51.

6.- Díaz Mozaz, J.M.: *Teoría y técnica de la encuesta religiosa*, Madrid, 1957, pp. 143-144, cit. por J.M. Vázquez, *op.cit.*, p. 115; J.M. Vázquez, *op.cit.*, p.115.

7.- R. Duocastella y otros, *Sociología y pastoral...*, *op.cit.*, pp.137 y 154; Eduardo García Candela apoyaba dicha idea.

8.- Pablo Barrachina y Estevan: *Escritos pastorales*, 3 vols, Imp. Such-Serra, Alicante, 1979.□